municipios y entidades diversas, acabando también con el mal uso de que la labor de jurado, o de conferenciante, se saldase mediante una cena con los "notables" del lugar. Otro tanto se consiguió en el capítulo de los prólogos. En la presentación de libros y demás formas de lanzamiento.

Preocupación del Presidente fue la participación española en las reuniones anuales —congresos y simposios— de la Association, con la consiguiente lectura de ponencias o comunicaciones, y nuestra constante colaboración en su "Bulletin International". Hasta culminar dicha contribución en el IX Coloquio internacional, que sobre el tema de las literaturas en lengua minoritaria atrajo a Madrid, en octubre de 1981, a medio centenar de críticos de veinte países, además de los españoles. Sin olvidar el papel de Díaz-Plaja como nuestro representante en los trabajos, encomendados por la Unesco a la Association, para establecer una Biblioteca de Obras Maestras de la Literatura Europea.

En ese orden internacional, la presencia de nuestra delegación en el Congreso de la AICL en Moscú (1973) y las consiguientes gestiones de nuestro Presidente cuajaron en la creación del Comité mixto hispanosoviético, con reuniones alternas y anuales en la URSS y en España, que ha aclarado positivamente el capítulo de nuestras respectivas traducciones literarias, fomentando igualmente los viajes de nuestros críticos y escritores al mundo soviético y viceversa; o la divulgación en sus catálogos de autores castellanos, catalanes y gallegos. También en este ámbito, fecunda iniciativa de nuestro Presidente fue el Simposio madrileño de europeístas e hispanistas (1983) y las mesas redondas entre escritores soviéticos, catalanes y gallegos, respectivamente celebradas en Barcelona y en Vigo.

Ya en nuestro ruedo, y un poco al azar del recuerdo, vayan las reuniones de León (centenario de Quevedo), Murcia, Grandas, Antequera, Sevilla, con Barcelona y Madrid, por supuesto y los encuentros barceloneses entre críticos gallegos y catalanes.

Cuánto más. Mucho don Guillermo, como dijo el profesor Paco Rico. Siempre fértil en iniciativas, siempre cocinando algo para la crítica, siempre abierto al diálogo y convincente en la dialéctica. Siempre pronto a embrazar las armas y dispuesto el equipaje. Y que, ya el pie en el estribo, se nos fue lleno de proyectos. ¡Qué gran Presidente! Como que se lo ha dejado más que difícil a quien intente tañer con análogo fuelle.

JUAN RAMON MASOLIVER

La fibra religiosa de Guillermo

Ocurría con la personalidad de Guillermo Díaz-Plaja lo que sucede con esos troncos de buena madera en los que se distinguen algunas vetas más nobles que los cruzan de arriba abajo. Una de esas vetas determinantes de su complexión personal, una fibra íntima, un nervio esencial de Guillermo fue, sin duda, la dimensión religiosa. En armonía con su carácter liberal y crítico, fue siempre muy respetuoso del hecho religioso y buen conocedor y practicante de la fe cristiana. Había sido educado como católico por unos padres ejemplares y piadosos y unos maestros religiosos (los Escolapios en Barcelona y los Maristas en Gerona) y, a lo largo de su vida, había permanecido fiel a estas creencias sin demasiadas alteraciones aparentes. Recuerdo que, en algunos de los viajes por Europa que hemos emprendido juntos estos últimos años,

permaneciendo unos días en dos capitales del telón de acero, quiso Guillermo acudir conmigo el domingo a una iglesia católica y, en otra ocasión, participó en una misa de catacumbas celebrada en la habitación del hotel.

Pero en estas líneas no voy a entrar en la vida personal de Guillermo, sino que pretendo sólo apuntar algo del tema religioso tal como aparece en su obra escrita, sobre todo en su poesía. En prosa, sería interesante referirse y releer el prólogo al libro de José Cruset *San Juan de Dios* o el inédito guión cinematográfico sobre santa Teresa de Jesús. Pero es su importante y menos conocida obra poética la que nos ofrecerá más abundante materia de reflexión.

Hay por lo menos tres libros de versos con explícito argumento religioso: *Vencedor de mi muerte* (1953), *El arco bajo las estrellas* (1965) y *Belén lírico para este año conciliar* (1966). También en otros poemarios suyos podrían descubrirse, aquí y allá, composiciones de tema religioso, desde los "sonetos sacros", en *Mi primer libro de sonetos* (1941), hasta los "cuadernillos de Efeso y Patmos", en *Atlas lírico* (1978). Se dan también frecuentes alusiones a figuras religiosas, tales como los grandes escritores catalanes Ramón Llull y Verdaguer o los santos españoles Teresa de Avila, Juan de la Cruz e Ignacio de Loyola, junto con una notable recurrencia del motivo religioso de la Navidad. Pero, aunque todos estos ejemplos juntos son considerables por el número y significación, hay que admitir que, dentro del amplísimo conjunto de la obra literaria de Díaz-Plaja, culturalista, didáctica, lírica, lo religioso ocupa una parte reducida, aunque no por ello secundaria.

Como otros grandes poetas de su generación, también resuelve a veces Díaz-Plaja su personal monólogo lírico en una invocación a la divinidad, que el poeta parece experimentar como el interlocutor omnisciente, acogedor de su angustia o de su gozo: "Tenme, Señor, sobre la tierra dura / ardiente y vertical como una llama" (*Intimidad*), o bien, "Gracias, Señor por esta cosa mínima / que consiste en abrir, cada mañana, / los ojos a la luz de la existencia" (*Atlas lírico*), o bien, "Bendito sea Dios que ha permitido / que todo el cielo quepa en unos ojos" (*Tres poemas mayores*), etc. Pese a que estas fórmulas han sido usadas a veces como simple recurso retórico, en el caso de Díaz-Plaja, al ser repetidas con insistencia y sobre asuntos importantes, pueden transparentar una sincera actitud de orante, una profesión de creyente.

Pero, sería erróneo deducir de aquí que la vida de fe expresada por nuestro poeta fue siempre pacífica e imperturbable. Más bien debe afirmarse lo contrario. Como en Unamuno o en Dámaso Alonso, también en la poesía religiosa de Guillermo Díaz-Plaja impresiona la expresión de sensaciones dramáticas, de oscuridades y dudas angustiosas. La fe tranquila del niño y del adolescente hizo crisis en él, por el razonar teórico, por lo absurdo de tantas tragedias humanas o por el tirón autocomplaciente de los deseos. Toda esta problemática de la fe en un espíritu adulto y crítico, ha quedado recogida, de forma unitaria, en la primera parte de su gran poema *Vencedor de mi muerte*, como el propio autor lo reconocía años más tarde: "Mi libro *Vencedor de mi muerte* no era un libro de religiosidad beata, sino un sincero y angustiado grito en el que el poeta se planteaba, ante la Divinidad, las dificultades de la creencia. Es un libro patético y sincero que registra, sólo al final, una actitud afirmativa." (D. Santos, *Conversaciones con G. D.-P.*, p. 197).

En efecto, el poeta no puede —no podrá nunca del todo— liberarse de la angustia existencial de la nada, o de la intrascendencia ante la muerte implacable: "Molécula en el viento, / soy este instante de voz / entre dos inmensos silencios / ... / Canto, existo / únicamente / para entender, estremecido, / dos Nadas implacables que me asedian." (poema 22)

Por lo demás, en la poesía de Guillermo, y al margen de sus connotaciones religiosas, estarán siempre presentes, con alarmante terquedad, los temas patéticos de la noche y de la soledad, el paso del tiempo y el otoño irreversible, así como el de la pálida muerte. Pues bien, desde ese "tremedal de mi angustia", como él mismo lo llama, llegará finalmente el poeta a captar en el mundo y en sí mismo el resplandor de inmortalidad que iluminará su esperanza y le hará reconocerse como un "menesteroso de Eternidad".

Y, cuando esto ocurre, desde el estremecimiento de una nueva seguridad jubilosa, desencadena el poeta su cántico a la existencia: "Vencedor de mi muerte, / con la seguridad de mi existencia, canto". Exultación de profundo reconocimiento que, al final del poema, se traducirá en un bellísimo *Magníficat*:

"Señor que me has creado y sostenido,
vencedor del instante y de la muerte,
a mi raiz de espíritu prendido:

que has querido en mi voz reconocerte
y en la ridiculez de mi figura
has redimido el peso de lo inerte:..."

Queda así hermosamente descrito el ciclo de la fe religiosa del poeta en esas mismas tres etapas, que suelen caracterizar las mentes críticas y modernas en los países de tradición cristiana. Desde una fe ingenua heredada, pasando por la perturbación de la duda y de la angustia vital, hasta la confirmación, luminosa y humilde, de la esperanza.

Y todavía cabe añadir una sugerencia, en relación con la dimensión religiosa de Díaz-Plaja. Desde el reconocimiento de la profundidad que expresan los fragmentos explícitamente religiosos de su obra literaria, pensamos que sería lícito interpretar en clave cristiana (o simplemente religiosa) alguna de las notas más características de la obra total de este escritor y detectar, en su peculiar manera de interpretar el mundo y la historia, los rasgos propios de un pensador y de un artista creyente. Sugiero, a continuación, sólo dos aspectos: su visión trascendente y su universalismo.

Cuidadoso heredero del Modernismo, fue Díaz-Plaja desde su mocedad un cultivador experto de la belleza visible y palpable. Tanto su prosa como su poesía son eminentemente pictóricas. Pues bien, esa su gozosa visión y posesión del mundo no se agota en la evasión o en la fugacidad del sentido, sino que se adentra y se continúa en un anhelo ascendente, siguiendo en ello muy de cerca el ejemplo de su maestro y conciudadano Joan Maragall:

"Si el món és tan formós, Senyor,
/si es mira
en la pau vostra, dins el ull nostre..."

El presentimiento, vivido tantas veces por Guillermo, de que la hermosísima figura de este mundo oculta y trasluce, al mismo tiempo, un reverso más luminoso, le hace adherirse más fielmente a las formas y datos de la vida y prorrumpir a veces en un himno a la materia y al cosmos, que recuerda a Teilhard de Chardin:

"Toda materia es conducida / por una inmensa imantación / ordenación por la que el cosmos / se transparenta, todo, en Dios." (*Belén lírico*)

El otro rasgo prominente del escritor Díaz-Plaja, del que podríamos deducir su talante integrado en lo religioso de su creencia cristiana, sería su irrenunciable vocación de universalidad. El solía decir que era furiosamente europeo e internacional, y lo demostró con su vida de infatigable viajero y por su constante organización de encuentros y diálogos entre las lenguas, las culturas y las mentalidades más diversas. Para Guillermo no contaban las fronteras; su curiosidad intelectual fue también ilimitada; apertura espiritual que no terminaba con la satisfacción del nuevo dato conocido, sino que normalmente desembocaba en comunicación dialogal, en intenso y eficaz anhelo de ecumenismo, de fraternidad universal, por encima de tantas divisiones y fanatismos. Hasta los últimos días de su vida puso Guillermo Díaz-Plaja todo su empeño en esa difícil y necesaria tarea de acercar a las gentes y reconciliar los espíritus entre sí. ¿Quién o qué le daba fuerzas para seguir tercamente en esta empresa, a pesar de tantos desengaños? Si, a traves de esa fibra religiosa patente en su poesía, pudiéramos llegar al secreto que daba unidad y vigor a su espíritu, acaso descubriéramos que su creencia de cristiano reforzaba esa indomable pasión de trascendencia y de universalidad.

ANTONIO BLANCH